



Miriam Acevedo y Ernestina Linares culminan un momento de horror...

TEATRO

“LAS CRIADAS”: ESPEJO INFERNAL

Porque se trata de una enfermedad. Es el rencor acumulado y sin salida contra la que lo tiene todo, incluso un amante. (Freud diría primero un amante y después todo).

Las mujeres conocen un mundo estrecho y ajeno. Para poder respirar, hacen “ceremonias” —un recuerdo para “Los Muchachos Terribles” de Cocteau y para las civilizaciones con sacrificios macabros. En fin, una atmósfera infernal (siempre sartriana). Dentro de ella, un diálogo cuajado de sentido del ritmo y la luz —demasiado diálogo, naturalmente—, en que las criadas hablan poniendo en juego una tremenda retórica (si no, no sería una obra teatral, sino lo más gris y horroroso, lo más idéntico a la vida, que nunca es arte).

Mientras las criadas exhalan la fragancia venenosa de su odio, usted, espectador, se asombra del empeño de tres artistas cubanas por colocarse a la altura de las buenas trabajadoras dramáticas del mundo. Aquello parece universal; podría salir a otros países, representarse en cualquier meridiano terrestre.

Cuando Miriam Acevedo, Ernestina Linares y Dulce Velasco vuelvan a poner la obra en Cuba, en La Habana o en el interior, ustedes, lectores de GENTE, deben tratar de no dejar de verla. A ustedes no les molestará porque ustedes no son fariseos.

En un mundo que afirma no estar hecho a la medida del hombre, pero que sí lo está y ha de siempre estarlo —cada generación hace su mundo a su modo y a su medida— las criadas son monstruos de su tiempo, hartos frecuentes para no temerles. La señora igual, Y el amante, centro de celos en este drama en que no se le ve. Lo sexual tiende fuertemente hacia la muerte. Y aquí hay que morir.

Cuando Clara le dice a su hermana Soledad, que cree ser la señora:

—Soy la más lúcida. Pero tú inventaste la historia. Preparas la evasión de tu amante. ¡Como te atormentas!... Tranquilízate, te odio por otras razones... , la mentira es flagrante. La principal razón del odio, la única, es, al fin y al cabo, el amante. El hombre. Lo sexual.

Si la señora lo hubiera tenido todo menos el amor, los rencores habrían cedido como ríos después de crecidas. Pero ella tenía a quien darse —y ser tomada—. Cuando lo acusa y se piensa que el hombre irá a la Guayana, ella dice que partirá con él. Eso es el colmo. Esa dura pasión no pueden sufrirla las secas, las olvidadas.

“El aire estaba cargado de perfumes... la cama tibia... la señora...” Todo, todo sensual. “Todavía puedo encontrar el valor para matarla...” Se mata lo que se ama. Se odia lo que se ama, esa forma negra del amor.

A través de la señora y sus encajes, las criadas amaban al señor.

Dice bien el crítico francés que separó esta obra de todo enfoque social o reivindicativo, de clase. Esas criadas por otra parte —y después de la guerra— son casi fantásticas. No existen en esa esclavitud y esa clausura. Las criadas han desaparecido del mundo. Se han librado por la fuerza de los grandes cambios sociales, por la revolución que vivimos. Casi siempre mandan más que servir. Pero en el drama de Genet han detenido al tiempo, como en una celda. Pretexto para el vicio y el crimen, para la furia rencorosa y el fratricidio.

Una obra infernal, váyala a ver. Eche-se a temblar cuando la señora le ponga a Soledad la flor en el pelo, horrorícese del cinismo con que Clara le dice a La Enemiga: “Adoramos a la señora” y ella le contesta: “Y hacéis bien. ¿Qué no habré hecho yo por vosotras?” (Tal para cuales).

“Las Criadas” es una obra-espejo: refleja la enfermedad fabricada para la gente de nuestro tiempo por los que creen que el Infierno es el prójimo, la conciencia el gusano en el fruto, etc., etc. . .

Usted debe ver, debe saber. Y además, como está entregado el problema en una obra realmente artística, usted debe sentir esa emoción que da ponerse en contacto con la literatura y el teatro y legítimos.

Si Miriam Acevedo, Ernestina Linares y Dulce Velasco vuelven a presentar el drama de Genet, si el tesorero grupo “Prometeo” vuelve a auspiciar esa hañana, sea de los que asistan. E. P.